



Espacio público y lugares

La gestión de la complejidad



Espacio público y lugares: ¿de qué queremos hablar?

Cuando hablamos del espacio público estamos pensando en lugares de convivencia. Plazas, calles, parques o esquinas en las que la ciudadanía desarrolla infinitas actividades a lo largo de la vida. Imaginemos la vida en un pueblo o una ciudad, y aparecerán miles de lugares ligados a recuerdos compartidos, ligados a la experiencia de habitar y convivir.

Tenemos siempre presente que los espacios urbanos son creaciones que responden a las necesidades de una sociedad, de un sistema de valores, tradiciones y costumbres. Son producto de un conjunto de realidades culturales, sociales y políticas. Por lo que diversidad y complejidad son dos premisas que hay que asumir en primer término para tratar de componer y proponer soluciones que respondan a las necesidades de todas las personas.

Trabajar en el espacio público implica una manera de mirar, una confrontación directa con la vida, una práctica técnica en la que los detalles que conformarán nuestros proyectos e imágenes parten de la observación empírica, de los procesos participativos y del trabajo en red entre profesionales de diversas disciplinas.

Así, a la hora de abordar la cuestión contemporánea y el declive del espacio compartido, se concluye que en este momento se urbaniza el territorio, pero no se genera ciudad (urbe o convivencia). La única salida posible a esta deriva, que está destruyendo un modelo de convivencia centenario, sería la de recuperar la esencia de los espacios públicos urbanos, que deben ser el gran banco de pruebas de una cultura tolerante.

Y en esta manera de mirar, de analizar y de proponer lugares para las vidas, no es casual que en *Hiria Kolektiboa* hayamos empezado a trabajar con mujeres y a analizar pueblos y ciudades desde la perspectiva de género.

La abolición de los modelos patriarcales implicará una redefinición de roles y de modelos de resolución de conflictos, donde los hombres tendrán que renunciar al monopolio de la violencia, como vía principal para la resolución de los mismos. La definición de los espacios de poder variará sustancialmente y se dará mayor relevancia a trabajos no reconocidos hoy día, vinculados directamente a la vida del espacio público; hablamos fundamentalmente de los trabajos de cuidado.

Las ciudades están cambiando, es verdad, y tal vez haya que entender que esos cambios responden a estrategias en una sociedad que necesita configurar nuevos espacios. Nuestras urbes mutan, sin saberlo,



para responder a un modelo de convivencia en transformación que, en la resaca de viejos sueños políticos no resueltos, sufre hoy un cambio hacia una existencia individualista orientada a la producción y al consumo como paradigma del hacer colectivo.

En este reto contemporáneo existe una correlación de fuerzas e intereses ligada al mercado y, a través de él, al poder, que nos ha dejado fuera a todos los demás; sólo deciden unos pocos, y ésta, la de decidir entre tod@s, es la clave para una transformación profunda en el modo de diseñar y, sobre todo, de gestionar el espacio público.

En este momento, es necesario entender el espacio público como contexto de una vida moderna, delirante, rica, accesible, estresada y compleja. La actuación en la esfera pública ha de ir mas allá de la demostración o la inmediatez; se debe hacer un análisis en red a la hora de actuar en nuestras ciudades, partir de lo individual como parte de un todo y el todo compuesto por infinitas partes, entendiendo que el espacio público es el lugar de la negociación permanente, donde interactúan los distintos actores que intervienen en la vida urbana.

Los lugares se pueden pensar desde los conflictos que en ellos pudieran surgir; desde las líneas que sobre el papel generan composiciones bellas o desde las posibilidades de hacer fácil la vida en ellos. O se puede poner en juego todo ello a la vez.



Analicemos, por ejemplo, qué sucedería si tuviéramos en cuenta sólo una de estas tres cuestiones, y veremos de qué cojean las nuevas «creaciones» urbanas contemporáneas.

-Pensando los lugares desde los posibles conflictos, anticipamos sólo una hipótesis de comportamiento negativo, delictivo e involutivo de nuestra sociedad; la consecuencia es que el verde no se pisa, que en los bancos no se pueda echar la siesta, que los lugares cubiertos escaseen o que el espacio público es hoy un lugar cada vez más controlado que responde casi exclusivamente a las necesidades de quienes vigilan.

-Pensando los espacios en el papel, desde la innovación tecnológica o los nuevos materiales aislados en nuestros estudios, es muy fácil pensar que toda la ciudadanía es como quien diseña, y así jugamos a ser diosas, porque sin conocer lo que sucede en la calle, quién usa el espacio, y cómo lo usa, si hay mucho viento o si llueve muchos días al año, es imposible generar (lugares) espacios que respondan al mundo donde están insertados.

-Pensando los espacios exclusivamente desde el uso, desde lo que la ciudadanía demanda en cada momento, resolveríamos algunas de las necesidades, pero, seguramente, omitiríamos detalles fundamentales para un futuro flexible o para una gestión adecuada; nos saltaríamos la labor fundamental de los técnicos, que es la de transformar las necesidades en experiencias ricas, en hacer que lo necesario vaya acompañado de belleza y fuerza identitaria.

Hacer de los espacios lugares es una tarea a realizar entre la ciudadanía, los profesionales y los agentes políticos.

Así, aunando lo anterior, y asumiendo la complejidad como valor intrínseco del lugar y del proyecto, obtendríamos resultados mucho mejores. Podríamos asegurar que la clave para el éxito de un espacio público depende directamente de su capacidad para gestionar la complejidad del medio en que se implanta.

Los profesionales tenemos que salir a la calle, caminar las calles, interactuar en la calle. «En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poetísimos», escribía Gabriel Celaya, y así, el proyecto debe estar impregnado de realidad, tiene que «ser» realidad. Y también sueños, deseos, ilusiones y esperanzas.

Y en este proceso, uno de los grandes problemas que nos encontramos las profesionales es el tiempo, un tiempo vertiginoso marcado por el neoliberalismo imperante, que no deja espacio al análisis, la prueba, la rectificación, ni a las preguntas, al entusiasmo, al aprendizaje o a la reflexión.

A nuestro modo de ver, tenemos que dirigir nuestras energías hacia los modos de hacer; tenemos que inventar nuevas herramientas de gestión y acción, que nos devuelvan los lugares que siempre nos han pertenecido. Queremos espacios que tengan proyecto, que tengan ideas y que impliquen propuesta.

Nos gustaría una ciudad donde la gestión de los espacios públicos genere comunidad. Una ciudad que cambia, que te sorprende, con lugares en los que pasan cosas para que los ciudadanos interactuemos, que sean distintos a distintas horas y en distintas épocas del año, como lo somos las personas y lo es el uso que hacemos del espacio público.

En definitiva, vivir la calle para hacerla nuestra, para que se nos presente llena de significado y convertir los espacios en lugares con identidad propia.